

Bath los elegantes que lo visitaban, y que acudían allí en busca de salud ó de diversiones, poseemos una relación más completa y minuciosa que las que generalmente puedan hallarse acerca de tales asuntos. Un escritor que publicó una descripción de aquella ciudad, como unos ciento sesenta años después de la revolución, ha referido, con toda exactitud, los cambios que en su tiempo había experimentado. Asegura que cuando él era joven, los caballeros que visitaban el establecimiento tenían que dormir en habitaciones apenas comparables á desvanes, y que andando el tiempo pudo él mismo ver destinadas á los lacayos. El pavimento de los comedores, que se hallaba en todos sin alfombrar, estaba dado de oscuro con una pintura que hacían de hollín y cerveza floja, para ocultar la inmundicia. Las maderas, todas sin pintar, y ni una sola chimenea había de mármol. Una sencilla losa de piedra franca y badilas para el fuego, todo lo cual apenas costaba tres ó cuatro chelines, era más que suficiente para la calefacción de las habitaciones. En los mejores aposentos había sillas de paja, y las paredes estaban cubiertas de tela ordinaria de lana. Los lectores á quienes interese el progreso de la civilización y de las artes útiles, quedarán agradecidos al humilde topógrafo que ha conservado memoria de estos hechos, y tal vez deseen que historiadores de mucho más altas pretensiones supriman, á las veces, páginas enteras consagradas á la descripción de operaciones militares ó intrigas políticas, dando en su lugar la relación de cómo estaban arregladas las salas y los dormitorios de nuestros antepasados (1).

(1) Véase: Wood, *Historia de Bath*, 1749. Evelyn, *Diario*, junio 27, 1654. Pepys, *Diary*, junio 12, 1668. Stukeley, *Itinerarium curiosum*. Collinson, *Somersetshire*. Dr. Peirce, *Historia y memo-*

## XXVII.

## LONDRES.

Era la población de Londres en tiempo de Carlos II, comparada con las demás ciudades del Reino, mucho mayor que al presente. Porque hoy la población de Londres es poco más de seis veces la de Manchester ó la de Liverpool, y en tiempo de Carlos II era más de diez y siete veces mayor que la de Bristol ó Norwich. Puede ponerse en duda que haya otro ejemplo de un gran imperio cuya primera ciudad sea diez y siete veces mayor que la segunda. Hay motivo para creer que en 1685 Londres había sido, por espacio casi de medio siglo, la ciudad más populosa del mundo. El número de sus habitantes, que actualmente asciende lo menos á novecientos mil (1), era entonces probablemente poco mayor de medio millon (2). El comercio de Londres sólo tenía entonces una rival, vencida desde ha mucho tiempo: la poderosa y opulenta Amsterdam. Los escritores ingleses hablan con orgullo del bosque de mástiles y vergas que cubría el río desde el Puente hasta la Torre, y de las inmensas sumas recaudadas en la aduana de la calle del Támesis.

*rias de Bath*, 1713, lib. I cap. VIII, observación 2.ª, 1684. He consultado algunos mapas antiguos y pinturas de Bath, especialmente un curioso mapa, rodeado de vistas de los principales edificios, que lleva la fecha de 1717.

(1) Esto se escribía en 1849. Actualmente pasa de cuatro millones de habitantes la población de Londres.—N. del T.

(2) Según King, 530.000 habitantes.

Cierto que no cabe la menor duda de que el comercio de la Metrópoli era entonces mucho mayor que ahora, comparado con el de todo el país, y sin embargo parecemos hoy el honrado orgullo de nuestros antepasados casi ridículo. El cargamento que ellos juzgaban increíble, no parece haber excedido de setenta mil toneladas, y si entonces era esto más de la tercera parte de lo que exportaba todo el Reino, ahora es menos aún de la cuarta parte de lo que da Newcastle, y, con poca diferencia, lo que cargan los vapores del Támesis. Ascendía lo que se recaudaba en las aduanas de Londres, en 1685, á más de trescientas mil libras anuales, mientras que en nuestro tiempo, el producto neto de los derechos que se pagan anualmente en la misma ciudad, pasa de diez millones (1).

Quien examine los mapas de Londres publicados á fines del reinado de Carlos II, podrá ver que de la moderna capital sólo el núcleo existía entonces. La ciudad no había ido extendiéndose imperceptiblemente, como ahora, por las afueras. No había largas avenidas de villas á que dan sombra las entrelazadas ramas de las lilas y las acacias, prolongándose desde el gran centro de riqueza y civilización hasta tocar casi los límites del Middlesex y muy en el interior de Kent y Surrey. Ni siquiera se había proyectado la inmensa línea de almacenes y lagos artificiales que ahora se extiende desde la Torre hasta Blackwall. Al Oeste apenas si había alguno de los inmensos y vastos edificios habitados actualmente por los nobles

(1) Macpherson, *History of Commerce*. Chalmers, *Estimate*. Chamberlayne, *State of England*, 1684. El tonelaje de los vapores pertenecientes al puerto de Londres ascendía á fines de 1847 á unas 60.000 toneladas. Las aduanas del puerto produjeron, de 1842 á 1845, muy cerca de 11.000.000 de libras esterlinas cada año.

y los ricos; y Chelsea, cuya población pasa hoy de cuarenta mil almas, era un tranquilo villorrio poblado por unos mil habitantes (1). Al Norte pacía tranquilamente el ganado, y donde hoy se extiende el distrito de Marylebone, y en la mayor parte del sitio que actualmente ocupan los distritos de Finsbury y de Tower Hamlets, los cazadores, seguidos de sus perros, se entregaban á su diversión favorita. Inslington era casi una soledad, y los poetas de la época gustaban de hacer contrastar su silencio y reposo con el ruido y el estrépito de la monstruosa Londres (2). Al Mediodía se une hoy la capital con los arrabales por varios puentes, no inferiores en magnificencia y solidez á los más bellos monumentos de los Césares; pero en 1685 una sola línea de arcos irregulares, por encima de los cuales sobresalían miserables y sucios casucos, adornados, siguiendo una costumbre digna de los bárbaros de Dahomey, de una veintena de cabezas de malhechores, impedían la navegación del río.

## XXVIII.

## LA CITY.

El barrio más importante de la metrópoli era la City propiamente dicha. En tiempo de la Restauración había sido edificada en su mayor parte de madera y yeso, pues los pocos ladrillos que entonces se

(1) Lyson *Environs of London*. El número de bautizados en Chelsea, de 1680 á 1690, no pasaba de cuarenta y dos al año.

(2) Cowley, *Discourse of solitude*.

usaban estaban todos mal cocidos; las barracas donde se exponían las mercancías á la venta se adelantaban hacia el centro de la calle, sobresaliendo mucho de los pisos superiores. Aun pueden verse algunos ejemplares de esta arquitectura en los distritos respetados por el gran incendio, que convirtió en ruinas en pocos días en una extensión casi de una milla cuadrada, ochenta y nueve iglesias y trece mil casas; pero la *City* se levantó nuevamente con tal celeridad, que excitó la admiración de los países vecinos. Por desgracia se conservó en mucha parte la antigua alineación de las calles, y aquellas vías trazadas originariamente en una época en que aun las princesas viajaban á caballo, resultaron las más demasiado estrechas para permitir con comodidad el libre tránsito de los carruajes, siendo por tanto poco á propósito para residencia de gente rica cuando los coches de seis caballos eran lujo que permitía la moda. Los nuevos edificios fueron, empero, muy superiores á los de la antigua *City*. El material usado ordinariamente en las construcciones fué el ladrillo, de muy superior calidad al antiguo. En el sitio ocupado antes por las iglesias se levantó una multitud de nuevas cúpulas, torres y campanarios que llevaban el sello del fecundo ingenio de Wren. En todas partes, excepción hecha de una sola, se borraron por completo las huellas de la gran devastación. Pero la multitud de obreros y de andamios, y las inmensas masas de piedra labrada continuaron viéndose por mucho tiempo en el sitio donde el más grandioso de los templos protestantes surgía lentamente de las ruinas de la antigua catedral de San Pablo (1).

(1) Acerca del estado de los edificios de Londres en esta época, se hallarán muchas y muy dignas noticias en los mapas y di-

Desde entonces ha sufrido la *City* completa transformación. Los banqueros, los comerciantes y los dueños de las principales tiendas acuden allí los seis días de trabajo de cada semana á ocuparse en los negocios; pero viven en otros barrios de la capital ó en los arrabales, en casas rodeadas de árboles y jardines. Esta revolución en los hábitos privados, ha producido una revolución política de no poca importancia. Ya no miran hoy la *City* los más ricos comerciantes con aquel cariño que naturalmente inspira el hogar, ni la asocian en su mente al recuerdo de las domésticas afecciones y cuidados. El hogar, la familia, la mesa á cuyo alrededor se sientan los amigos, el tranquilo lecho no están allí. Las calles de Lombard y de Threadneedle son únicamente los sitios donde se trabaja y se allegan riquezas, que se disfrutan y se gastan en otra parte. Un domingo ó cualquier día de trabajo, después de las horas de negocios, en los patios y calles que antes hervían con el ir y venir de la gente, donde por todas partes se veían los rostros ansiosos de los negociantes, reina el profundo silencio de las apartadas selvas. Los principales comerciantes ya no son ciudadanos. Evitan y casi desprecian los honores y los deberes municipales, y los abandonan á personas que, aun cuando muy dignas y respetables, rara vez pertenecen á las grandes casas de comercio cuyos nombres son conocidos en todo el mundo.

bujos que se conservan en el Museo Británico y en la biblioteca de Pepys. Hácese particular mención de la mala calidad de los ladrillos empleados en las antiguas construcciones de Londres, en los *Viajes del Gran Duque Cosme*. De las reformas hechas en San Pablo hay una reseña en el *Espía de Londres* (London Spy) de Ward. Casi me avergüenzo de tener que citar tan nauseabunda diatriba; pero aun más, si es posible, he tenido que descender en busca de materiales.

En el siglo xvii la *City* era residencia de los comerciantes. Las mansiones de los grandes burgueses antiguos, que aun existen, han sido convertidas en escritorios y almacenes; pero aun se echa de ver que no eran inferiores en magnificencia á las casas habitadas entonces por la nobleza. Algunas veces están situadas en el fondo de patios oscuros y retirados, y tienen la entrada por pasadizos nada lujosos; pero las habitaciones son grandes y de aspecto regio. Decoran la entrada esbeltas columnas ricamente talladas y lujosos pórticos. El vestíbulo y las escaleras no carecen de grandeza. En algunos salones el pavimento es entarimado de madera, como se usa en Francia. El palacio de Sir Roberto Clayton, en Old Jewry, tenía un soberbio comedor, cuyos artesonados eran de cedro, y le adornaban frescos representando los combates de los dioses y los gigantes (1). Sir Dudley North gastó cuatro mil libras esterlinas, suma que entonces hubiera sido cuantiosa aun para un Duque, en amueblar y adornar los ricos salones de su casa de la calle de Basinghall (2). Tales eran las casas en que vivían espléndidamente, bajo el último Estuardo, los jefes de las grandes casas de comercio. Estaban unidos á la casa que habitaban con los más fuertes lazos de interés y cariño. Allí habían pasado su juventud; allí habían visto nacer sus primeras amistades; allí habían cortejado á sus esposas y habían visto crecer á sus hijos; allí habían dado tierra á los restos de sus padres, y allí esperaban también dormir el último sueño. El intenso patriotismo, peculiar á los individuos de sociedades congregadas en estrecho recinto, se desarrollaba en tales circunstancias de una

(1) Evelyn's *Diary*. Set. 20, 1672.

(2) Roger North, *Life of Sir Dudley North*.

manera extraordinaria. Era Londres para el londinense lo que Atenas para el ateniense del siglo de Pericles, lo que Florencia para el florentino del siglo xv. El ciudadano estaba orgulloso de la grandeza de su ciudad; no permitía que se hablase de ella con poco respeto; ambicionaba sus empleos, y era celoso defensor de sus franquicias.

A fines del reinado de Carlos II tuvieron que sufrir los londinenses una cruel mortificación en su orgullo. Habíase abolido la antigua Carta, y fueron elegidos nuevamente los magistrados de la ciudad. Todos los funcionarios civiles eran *tories*, y los *whigs*, aunque superiores en número y riqueza á sus rivales, quedaron excluidos de todos los cargos municipales. No disminuyó, sin embargo, el externo esplendor del gobierno municipal con este cambio, antes pareció aumentar. Porque bájó la administración de algunos Puritanos que últimamente habían estado al frente del Municipio, la fama que de antiguo gozaba por sus frecuentes banquetes había decaído; pero con los nuevos magistrados, que pertenecían á un partido más amante de los goces de la vida, y á cuyas mesas tomaban asiento personas de alto rango, venidas del otro lado de Temple Bar, se veían con frecuencia el Ayuntamiento y los salones de los gremios animados de suntuosos banquetes. En estas fiestas se cantaban, acompañadas de música, odas compuestas por los poetas laureados de la corporación, en loor del Rey, del Duque y del Corregidor. Se bebía mucho y se gritaba más, y un *tory* observador que asistía con frecuencia á estos banquetes consiga que la costumbre de prorumpir en aclamaciones después de los brindis data de tan alegre período (1). La magnificencia desple-

(1) North, *Examen*. Este a egre escritor nos ha conservado un

gada por el primer magistrado civil casi era digna de un monarca. Cierta que aun no existía la dorada carroza que anualmente admira la multitud. En las grandes ocasiones el lord Mayor se presentaba á caballo seguido de una larga cabalgata, inferior sólo en magnificencia á la que antes de la coronación escoltaba al Soberano desde la Torre hasta Westminster. Nunca se le veía en público sin la espléndida túnica, el birrete de terciopelo negro, la cadena de oro, las joyas y numeroso séquito de batidores y guardias (1). Nadie encontraba ridícula la pompa de que constantemente se rodeaba, por ser tan solo proporcionada al puesto que, como representante de la fuerza y de la dignidad de la ciudad de Londres, tenía derecho á ocupar en el Estado; de aquella ciudad, que no sólo no tenía rival en el país, sino que era sin segundo, y que por espacio de cuarenta y cinco años había ejercido casi tan grande influencia en la política de Inglaterra como París actualmente en la de Francia. En inteligencia, era Londres muy superior al resto de la nación, y un Gobierno que tuviese la confianza y el apoyo de Londres podía obtener en solo un día, una ayuda pecuniaria que sólo después de algunos meses se hubiera podido reunir en todo el resto de la isla. Ni eran tampoco despreciables los recursos militares de la capital. El poder que en otras partes del

ejemplo de los sublimes arranques de los Pindaros de la *City*.

¡The worshipful Sir John Moor!  
¡After age that name adore!

(Al muy honorable Sir Juan Moore, cuyo nombre adora la posteridad.)

(1) Chamberlayne.—*State of England*, 1694; *Anglicæ Metropolis*, 699. Seymour, *London*, 1724.

reino ejercían los *Lord Lieutenants*, estaba confiado en Londres á una comisión de ciudadanos, elegidos entre los más notables. A las órdenes de esta comisión había doce regimientos de infantería y dos de caballería. Un ejército de aprendices y horteras, con concejales por capitanes y *aldermens* por coroneles, no hubiera podido sin duda hacer frente en el campo de batalla á tropas regulares; pero entonces escaseaban éstas mucho en todo el reino; y una ciudad, por tanto, que en una hora podía poner en pie de guerra veinte mil hombres, dotados de natural valor, regularmente armados y no del todo extraños á la disciplina militar, podía ser aliada poderosa y enemiga formidable. Aun no se había olvidado que las milicias de Londres protegieron á Hampden y á Pym contra la tiranía ilegal; que en la gran crisis de la guerra civil, las milicias de Londres marcharon á levantar el sitio de Gloucester, y que en el movimiento contra los tiranos militares que siguió á la caída de Ricardo Crómwell, las milicias de Londres tomaron parte muy señalada. En realidad no sería exageración decir que Carlos I no hubiera sido nunca vencido á no ser por la hostilidad de la *City*, y que, sin su ayuda, apenas hubiera conseguido hacer Carlos II la Restauración.

Estas consideraciones pueden servir á explicar por qué, á pesar de la predilección que por espacio de muchos años había manifestado la aristocracia por la parte occidental de la ciudad, algunos hombres de alto rango continuaron viviendo, hasta un período muy reciente, cerca de la Bolsa y de las Casas Consistoriales (Guildhall). Shaftesbury y Buckingham, mientras duró la ruda y poco escrupulosa oposición que hicieron al Gobierno, creyeron que en ningún sitio podrían llevar adelante sus intrigas, de una manera tan conveniente y segura, como bajo la pro-

tección de los magistrados y de la milicia de la *City*. Shaftesbury se fué á vivir por lo tanto á la calle de Aldersgate, á una casa que aun puede reconocerse fácilmente por sus pilastras y graciosos adornos, obra de Ñigo. Buckingham hizo derribar su casa, cerca de Charing Cross, residencia un tiempo de los Arzobispos de York; y mientras en aquel sitio se construían calles y alamedas que aun llevan su nombre, él se iba á vivir á Dowgate (1).

## XXIX.

## LA PARTE ELEGANTE DE LA CAPITAL.

Estas eran, sin embargo, contadas excepciones. La mayoría de las familias nobles de Inglaterra se habían ido á vivir desde hacía mucho tiempo á las afueras. La parte de la ciudad donde tenían sus casas casi todas, estaba situada entre la *City* y los barrios considerados hoy como elegantes. Algunos grandes señores conservaban todavía sus hoteles hereditarios entre el Strand (la Ribera) y el río. Las magníficas casas al Sur y al Oeste de *Lincoln's Inn Fields*, la Piazza de Covent Garden, la de Southampton, que hoy se llama de Bloomsbury, y la del Rey, en Soho Fields, llamada ahora de Soho, eran los sitios favoritos.

Se enseñaba á los Príncipes extranjeros la plaza de Bloomsbury como una de las maravillas de Inglaterra (2). La plaza de Soho, recién construída, era motivo

(1) North, *Exámen*, 116. Wood, *Ath. Ox. Shaftesbury. The Duke of B.'s Litany*.

(2) *Travels of the Grand Duke Cosmo*.

de orgullo para nuestros antepasados con que la posteridad apenas había de simpatizar. Llamósele plaza de Monmouth mientras la fortuna sonrió al Duque de aquel nombre y que en el lado Meridional se edificaba su palacio. La fachada de este edificio, aunque no de muy buen gusto, era de aspecto grandioso y estaba ricamente adornada. En lo interior ostentaban los muros de los principales departamentos hermosos trabajos de talla, representando frutas, follaje y trofeos; las colgaduras eran de satín bordado (1). Desde hace mucho tiempo ha desaparecido hasta la más leve huella de tanta magnificencia, y ni una sola mansión aristocrática se levanta hoy en aquel sitio, un tiempo residencia favorita de los aristócratas. A poca distancia al Norte de Holborn, y tocando ya con los campos sembrados de trigo ó destinados al pasto, se levantaban dos famosos palacios, provisto cada uno de magnífico jardín. Uno de ellos, llamado entonces Southampton-House, y más adelante Bedford-House, desapareció hace unos cincuenta años para dejar sitio á una nueva ciudad, que con sus calles, plazas é iglesias ocupa ahora vasta extensión, famosa en el siglo xvii por sus melocotones y las agachadizas que allí se criaban. El otro, célebre por sus frescos y sus muebles, era el palacio de Montague, que ardió hasta los cimientos pocos meses después de la muerte de Carlos II, sucediéndole, en muy poco tiempo y en el mismo sitio, nuevo palacio Montague aun más magnífico que el anterior, y que habiendo reunido por espacio de muchos años en su recinto tan variados y preciosos tesoros de arte, de ciencia y de cultura como tal vez nunca

(1) Chamberlayne, *State of England*, 1684. Pennant's *London*, Smith's *Life of Nollekens*.

se hayan visto bajo el mismo techo, recientemente ha sido reemplazado por nuevo edificio más espléndido todavía (1).

Más cerca de la corte, en el sitio llamado Campo de Santiago (Saint James's Fields), acababan de construirse la plaza de Santiago (Saint James's Square) y la calle de Jermyn. La iglesia de Santiago fué derribada recientemente para dejar sitio á las casas del nuevo barrio (2), y Golden Square, que en la época siguiente habitaron los Lores y Ministros, aun no se había empezado. Al Norte de Picadilly no había más que tres ó cuatro casas aisladas y casi rústicas, de las cuales la más celebrada era la costosa mole erigida por Clarendon y designada con el sobrenombre de Palacio de Dunkerke (*Dunkirk-House*). Después de la caída de su fundador fué comprado por el Duque de Albemarle. El Hotel Clarendon y la calle de Albermale conservan aún memoria de aquel sitio.

Quien pasara entonces por lo que hoy forma la parte más alegre y concurrida de la calle del Regente, se encontraría en una soledad, y aun á veces podría ofrecérsele ocasión de cazar algún gallo silvestre (3). Por el Norte se extendía entre cercados el camino de Oxford. A trescientas ó cuatrocientas yardas al Sur estaban las tapias de los jardines de algunas casas grandes que se consideraban entonces como situadas extramuros. Al Oeste, había una pradera, famosa por un manantial, que mucho después dió nombre á la calle de Conduit. Por el Oriente se extendía

(1) Evelyn's *Diary*, octubre 10, 1683, enero 19, 1686.

(2) Stat. 1. Jac. 1, c. 22. Evelyn's *Diary*. Dic. 7, 1634.

(3) El anciano general Oglethorpe, que murió en 1785, hablaba con frecuencia de haber cazado en este sitio en tiempo de la reina Ana. Véase Pennant's, *London*, y el *Gentleman's Magazine* de julio, 1785.

un campo que ningún londinense de aquel tiempo acertaba á pasar sin estremecerse. Allí, como en sitio apartado y solitario, se abrió veinte años antes, cuando la gran epidemia azotaba la capital, una fosa en la que los carros fúnebres descargaban durante la noche los cadáveres á veintenas. Era creencia popular que de tal manera se había empapado la tierra de infección, que no se podía remover sin inminente riesgo de la vida. Hasta que pasaron dos generaciones sin que volviese la pestilencia y que el triste sitio estuvo rodeado de edificios, no se echaron allí los cimientos de una sola casa (1).

Sería error grande suponer que cualquiera de las plazas ó calles, en aquella época, tenía el mismo aspecto que al presente. La mayor parte de las casas han sido, si no completamente, en gran parte reedificadas. Si los barrios más elegantes de la capital pudiesen aparecérsenos como eran entonces, apartaríamos la vista con disgusto de su miserable apariencia, y huiríamos de aquella venenosa atmósfera impregnada de inmundos miasmas. En Covent Garden, junto á las casas de los grandes, se había establecido un sucio y bullicioso mercado. Gritaban las vendedoras de fruta, disputaban los carreteros, y se veían á la puerta de los palacios de la Condesa de Berkshire y del Obispo de Durham tronchos de verduras y maszanas podridas en montón (2).

El centro de Lincoln's Inn Fields era un campo abierto donde por las tardes se reunía el populacho,

(1) Todos los mapas de Londres, hasta fines del reinado de Jorge I, traen señalado el Campo de la Peste.

(2) Véase un curioso plano de Covent Garden, hecho hacia 1690 y grabado para la *Historia de Westminster* de Smith. Véase también el *Morning* de Hogarth ilustrado, cuando aun ocupaba la aristocracia algunas casas de la Piazza.

á poca distancia de los palacios de Cardigan y Winchester, á oír las arengas de los charlatanes, y á ver la danza de los osos, y la lucha de perros y bueyes. Era en aquel sitio donde generalmente se arrojaban todos los desperdicios; allí también se amaestaban los caballos, y los mendigos eran tan importunos y chillones como en las ciudades peor administradas del Continente, de tal modo, que los mendigos de Lincoln's Inn habían adquirido fama. Toda la hermandad conocía las armas y libreas de los nobles caritativos de las cercanías, y no bien aparecía el coche tirado por seis caballos de su señoría, cuando una multitud de mendigos acudía cojeando y gritando á perseguirlo. Estos desórdenes duraron, á pesar de muchos accidentes y de algunas tentativas por parte de la justicia, hasta que, reinando Jorge II, Sir José Jekyll, *Master of the Rolls*, fué atropellado en mitad de la plaza, y en poco estuvo que perdiese allí la vida. Entonces, por fin, se construyeron las empalizadas y se plantó un hermoso jardín (1).

Saint James's Square era el receptáculo de todas las inmundicias y desechos, y de todos los gatos y perros muertos de Westminster. En una ocasión un jugador de palo había llamado allí la atención de la multitud. Otra vez un desvergonzado advenedizo se esta-

(1) *London Spy*; Tom Brown's, *Comical view of London and Westminster*; Turner's, *Propositions for the employing of the poor*, 1678; *Daily Courant* y *Daily Journal*, junio 7, 1733; Michael *versus* Allestree, en 1676, 2 Levinz, p. 132. Michael había sido atropellado por dos caballos que Allestree estaba amaestrando en Lincoln's Inn Fields. La declaración dice que el acusado «porta deux chivals ungovernable en un coach, et improvide, incaute, et absque debita consideratione ineptitudine loci la eux drive pour eux faire tractable et apt pur un coach, quels chivals, pur ceo que, per leur ferocite, ne poient estre rule, curve sur le plaintiff et le noie.»

bleció de propia autoridad y fundó un puesto para la venta de desechos bajo las ventanas de los dorados, salones donde los primeros magnates del Reino, los Norfolk, los Ormond, los Kent y los Pembroke, daban bailes y banquetes. Fué preciso el trascurso de toda una generación y escribir mucho contra tales abusos, para que los habitantes solicitasen, al fin, del Parlamento, permiso para construir caminos y plantar árboles (1).

Cuando tal era el estado de la región habitada por la clase más elevada de la sociedad, fácilmente podemos suponer que la gran masa del pueblo tendría que sufrir lo que hoy consideraríamos insoportable. El piso era detestable; todos los extranjeros nos avergonzaban con tal motivo. Las cloacas eran de tales condiciones que, apenas llovía, las canales se convertían en torrentes. Algunos poetas festivos hablan de la furia con que aquellos negros arroyuelos descendían de Snow Hill y Ludgate Hill, llevando á Fleet Ditch abundante tributo de restos animales y vegetales de los puestos de los carniceros y verduleros. Ensanchaban este arroyo á derecha é izquierda los vehículos y los carros, y era el afán de todos los transeuntes alejarse lo más posible del camino de los coches. Los flojos y tímidos cedían la acera; los atrevidos y corpulentos la tomaban. Cuando dos valentones se encontraban, seguían andando hasta dar cada uno con su sombrero en el rostro del otro, viniendo en seguida á las manos y luchando hasta que el más débil iba de bruces al arroyo. Si el vencido no

(1) Stat. 12. Geo I, cap. xxv; *Commons' Journals*, febrero 25; marzo 2, 1726; *London Gardener*, 1712; *Evening Post*, marzo 23, 1731. No he podido encontrar este número del *Evening Post*; lo cito bajo la autoridad de Mr. Malcolm, que lo menciona en su *History of London*.



era más que un fanfarrón, se resignaba murmurando que ya encontraría ocasión de venganza; pero si era valiente, el encuentro terminaba casi siempre con un duelo á espaldas del palacio de Montague (1).

Las casas no estaban numeradas. Ciertó que de poca utilidad hubiera sido el numerarlas, pues que de los cocheros, lacayos, porteros y mandaderos de Londres, sólo muy pequeña parte sabía leer. Era necesario emplear señales que hasta los más ignorantes pudieran comprender, y las tiendas, por lo tanto, se distinguían por las pintadas muestras que daban aspecto alegre y grotesco á las calles. Desde Charing Cross á Whitechapel había una interminable serie de *cabezas de sarracenos, encinas reales, osos azules y corberos dorados*, que desaparecieron cuando ya no hacían falta para servir de norte á la gente del pueblo.

Cuando cerraba la noche, la dificultad y el peligro de andar por la ciudad subían de punto ciertamente. Abriáanse las ventanas de los desvanes, y se vaciaban las aguas sucias, con muy poco reparo de los que pudieran pasar por debajo. Las caídas, las magulladuras y el romperse los huesos ocurrían con la mayor frecuencia, porque hasta el último año del reinado de Carlos II, la mayor parte de las calles quedaron en la más profunda oscuridad. Los ladrones ejercían su oficio impunemente, y sin embargo aun no eran tan terribles para los ciudadanos pacíficos como otra especie de rufianes. Era diversión favorita de la juventud disoluta el recorrer la ciudad durante la noche, rompiendo los vidrios, atropellando las sillas

(1) *Lettres sur les Anglois*, escritas á principios del reinado de Jorge III; Swift's *City Shower*; Gay's, *Trivia*. Johnson contaba con frecuencia una curiosa conversación que había tenido con su madre acerca de dar ó tomar la acera.

de manos, apaleando la gente pacífica, y brindando rudas caricias á las mujeres. Desde la Restauración, se sucedieron varias dinastías de estos tiranuelos en el dominio de las calles. Los *Nuns* y los *Tityre Tus* habían sido reemplazados por los *Hectors*, y á éstos substituyeron los *Scourers*. Posteriormente vinieron los *Hercubile* y el más temible nombre de *Mohawk* (1).

## XXX.

## POLICÍA DE LONDRES.

El medio de que se valían entonces para mantener tranquilas las calles durante la noche, era por extremo singular. Había una ley municipal en cuya virtud debían rondar constantemente la ciudad desde la puesta hasta la salida del sol, más de mil serenos, y

(1) Oldham, *Imitación de la tercera sátira de Juvenal*, 1682. Shadwell's, *Scourers*, 1690. Con facilidad hallará otras muchas autoridades todo el que conozca la literatura popular de esta y de las generaciones siguientes. Es lícito sospechar que alguno de los *Tityre Tus*, como buen *caballero*, rompiese las ventanas de Milton poco después de la Restauración. Casi tengo la seguridad de que pensaba en aquel azote de Londres cuando dictaba estos hermosos versos:

And in-luxurious cities, when the noise  
Of riot ascends above their loftiest towers,  
And injury and outrage, and when night  
Darkens the streets, then wander forth the sons  
Of Belial, flown with insolence and wine.

(Cuando la noche tiende su negro manto sobre las calles de las ricas ciudades, los hijos de Belial, á quienes la insolencia y el vino dan nuevos bríos, llevan por todas partes la injuria y el ultraje, y el ruido del tumulto llega más allá de las más altas torres).